

—¿Quiere usted?

—¡No, gracias, señorita!... dijo él en voz baja, casi avergonzado. Y si le costó algún trabajo el retirar su vaso, bien recompensado quedó por uno de esos agradecimientos que ciertas mujeres saben manifestar sin decir una palabra y que sólo comprenden aquellos á quienes ellas se dirigen.

—¡Vaya, otra conversión!... dijo el buen doctor tragándose su "grog" con mueca cómica, pues él no estaba convertido más que á medias, como esos salvajes que no consienten en creer en Dios sino para darle gusto al misionero.

Los labriegos de Etiolles, ocupados en sus faenas campestres, que vieron á Jack volviendo de casa de los Rivals aquella tarde, y recorrer la carretera á grandes pasos, pudieron creer que se había vuelto loco, ó que el almuerzo del médico le había trastornado la cabeza. Gesticulaba, hablaba solo, amenazando al horizonte con el puño, presa de una agitación, de una rabia que parecía imposible en medio de su indiferencia habitual.

—Obrero! decía él frenético.... ¡Obrero! lo soy para siempre. Dice bien D'Argenton. Preciso es que no salga de entre mis semejantes, que allí viva y muera; sobre todo, que nunca trate de elevarme. Cuesta esto demasiado sufrimiento.

Hacia tiempo que no se sentía tan nervioso, tan lleno de vida.

Sucedíanse en él sensaciones nuevas, desconocidas; y en el fondo de todas brillaba la imagen de Cecilia. ¡Qué esplendor de gracia, de belleza, de pudor! ¡Y pensar que si, en lugar de echarlo al hoyo, le hubiesen educado é ilustrado, hubiera él podido llegar á ser un

hombre digno de aquella joven, obtenerla por mujer y poseer solito aquel tesoro! ¡Oh Dios!... Arrojó ese grito de cólera desesperada que lanza el náufrago que en vano lucha contra la ola y ve, algunas brazadas más lejos, el ribazo inundado de sol, donde están secándose las redes.

En aquel momento, al volver el camino de Aulnettes, hallóse frente á frente con la tía Salé, cargada de un haz de leña. Miróle la vieja con la pérfida sonrisa que tuvo por la mañana al decir: "seguramente que no le querría usted ahora por marido." Estremeciósese Jack ante aquella sonrisa, y todo el furor que le agitaba y que no sabía sobre quién descargar, pues de seguir su impulso directo, habría recaído sobre alguien que le era muy querido, sobre el ser débil y ligero, único responsable de su desastre; todo su furor tornóse contra la horrible vieja.

—¡Ah, víbora! pensó él; voy á arrancarte los colmillos.

Tenía Jack tan terrible aspecto, que, al verle venir hacia ella, amedrentóse la Salé, tiró su haz de leña é internóse en el bosque con una ligereza de cabra vieja. Era el desquite de los antiguos sustos. Persiguióla algunos pasos, pero se detuvo súbitamente.

—¡Soy un loco!... Esa mujer nada me ha dicho que no sea verdad.... Ahora, ya no me querría Cecilia.

No comió aquella noche; no encendió ni lumbre ni lámpara. Sentado en un rincón del comedor, única pieza que él habitaba, y en la que había reunido los pocos muebles dispersos por toda la casa, fijos los ojos sobre la puerta de cristales, detrás de la cual la ligera neblina

de una hermosa noche de otoño blanqueaba bajo la marcha invisible de la luna, Jack pensaba: "Cecilia ya no me querrá." Aquello llenó toda su velada. Ya no le querría.

En efecto, todo los separaba. Por de pronto, él era obrero, y luego. . . . Presentósele á los labios la horrible palabra: "bastardo. . . ." Era la primera vez de su vida que se le ocurrió pensar en aquello. Cuando uno es niño, esas cosas son indiferentes, siempre que no venga alguien á recordarlas con ultrajes, y Jack había vivido en un mundo muy poco escrupuloso, pasando, de la sociedad de los Fracasados, á esa clase obrera en la que todas las faltas tienen su disculpa en la miseria, y en donde, más que en ninguna parte, son numerosas las familias de adopción. Como nunca oyó hablar de su padre, nunca se preocupó de semejante cosa; apenas si notó la falta de ese afecto, del mismo modo que un sordomudo puede darse cuenta de los sentidos que le faltan, sin llegar á conocer toda su utilidad y los goees que proporcionan.

Ahora, esa cuestión de nacimiento le ocupaba más que nada. Cuando le dijo Carlota el nombre de su padre, quedó perfectamente tranquilo ante aquella sorprendente revelación; pero ahora hubiera él querido hacerle preguntas, arrancarle detalles, hasta confesiones, para representarse con alguna exactitud aquel padre desconocido. . . . ¿Marqués de l'Epan? . . . ¿Era realmente Marqués? ¿No era esa una nueva fantasía de aquel pobre cerebro enloquecido por los títulos nobiliarios? ¿Era verdad que hubiese muerto? ¿No le habría dicho todo aquello su madre, para evitar contarle alguna historia de separación, de abandono, de

que se hubiera ella avergonzado ante él? ¿Y si viviese aún ese padre, si fuese tan generoso que quisiera reparar su culpa, dándole su nombre á su hijo?

"¿Jack, marqués de l'Epan!"

Repetíase esta frase á sí mismo, como si este título le acercase á Cecilia. El pobre niño ignoraba que todas las vanidades de este mundo no valen, para llegar á lo vivo á un verdadero corazón de mujer, como la piedad, que lo entreabre á todas las temuras.

"Voy á escribir á mi madre," pensó Jack. Pero era tan delicado lo que tenía que preguntar, tan complicado, tan difícil de decir, que resolvió ir á ver á Carlota, teniendo con ella una de esas conversaciones en las que los ojos ayudan á las palabras, en las que las reticencias de las confesiones se traducen en un silencio más elocuente á veces que las mismas palabras.

Desgraciadamente, no tenía bastante dinero para tomar el tren. Estaba su madre para mandarle fondos de un día á otro, pero sin duda se le había olvidado.

"¿Bah!, se dijo, anduve el camino á pie cuando tenía once años. Ahora lo volveré á andar, aunque estoy algo débil."

En efecto, al día siguiente anduvo otra vez el terrible camino; y si le pareció menos largo y menos lúgubre, hallóle, en cambio, más triste. Es impresión frecuente ese desencanto de los recuerdos de la infancia hallados de nuevo en la edad en que todo se juzga y todo se razona. Diríase que hay en los ojos de los niños una materia colorante que dura tanto como la ignorancia de sus primeras miradas; á medida que crece, todo cuanto él admiraba, palidece. Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niños.

Jack vió el sitio en donde había dormido, la verja de Villeneuve-Saint-Georges, en donde se había parado para hacerle creer á una bondadosa gorra de orejeras que su madre vivía allí; el montón de piedras á lo largo de un foso, en donde un cuerpo tendido tanto miedo le había causado, y la taberna que tan mala fama tenía, espantoso garito tantas veces evocado en sus ensueños. ¡Ay! ¡Como tugurios, cuántos había él visto desde entonces! Las caras siniestras de obreros borrachos, de malhechores, que tanto miedo le causaban antes, ya no le llamaban la atención, y pensaba él, al pasar junto á ellos, que si el Jack de su juventud, irguiéndose de repente del polvo de la carretera con su andar indeciso de colegial fugitivo, encontrase al Jack de ahora, quizás le temiera más que á cualquiera otra lúgubre aparición.

Llegó á París á eso de la una de la tarde, con una lluvia fastidiosa y fría; y persiguiendo la comparación que establecía entre sus recuerdos y la hora presente, recordó el alba espléndida, la hermosa desgarradura de un cielo de Mayo, en la que se le había aparecido su madre al cabo de su primer viaje, como un arcángel San Miguel, envuelto en gloria y ahuyentando ante su luz las sombrías cohortes de la noche.

En vez de la finquita de Aulnettes, en donde cantaba su Ida, en medio de las flores, bajo el pórtico cavernoso y frío de la "Revista de las razas futuras," D'Argenton, que salía, se le apareció seguido de Moronval, cargado de pruebas de imprenta, y de un escuadrón de Fracasados, apurando en algunas palabras una reciente discusión.

—¡Hombre, Jack! dijo el mulato.

El poeta se estremeció y alzó la cabeza. Al ver aquellos dos hombres enfrente uno de otro, vestido el uno con esmero, enguantado, reluciente, saliendo de una mesa bien servida; y el otro, calado de agua, con traje lustroso por el uso, cansado, con su chaqueta de terciopelo demasiado estrecha y corta, nunca se le habría ocurrido á nadie que pudiese haber lazo alguno entre ellos. Y esa es, en efecto, la fisonomía particular de esas familias de París, en las que el padre es carpintero, la hija Condesa y el hermano peluquero en algún barrio.

Tendióle Jack la mano á D'Argenton, quien se dejó coger un dedo, preguntándole si estaba alquilada la casa de Aulnettes.

—¿Cómo? ¿Qué es eso de alquilada?, dijo el otro que no comprendía.

—¡Pues naturalmente! Al verte aquí, ¿qué idea quieres que se me ocurra, sino: "Ya está ocupada la casa" ha tenido que volverse?"

—No, dijo Jack estupefacto; y es más, nadie, desde que yo estoy allí, se ha presentado.

—Pues entonces, ¿qué vienes tú á hacer aquí?

—Vengo á ver á mi madre.

—Es un capricho que no comprendo. Pero por desgracia hay gastos de viaje.

—He venido á pie, dijo Jack muy sencillamente, con cierto aire de firmeza y de altivez que no le conocían.

—¡Ah!... dijo D'Argenton.

Y se recogió un segundo para soltarle esta frasecita:

—¡Vaya! Veo con gusto que tus piernas se hallan en mejor estado que tus brazos.

—¡Chiste "fegóz!" dijo riéndose el mulato.

Sonrió el poeta modestamente y contento por el efecto producido, alejóse á lo largo de los muelles, seguido de su escolta servil.

Ocho días antes, el chiste cruel de D'Argenton habría pasado sin rozar sobre el embrutecimiento de Jack; pero desde la víspera, ya no era el mismo. Algunas horas habían bastado para hacerle altivo y susceptible, y tanto, que después de aquel ultraje pensó volverse á pie como había venido, sin siquiera ver á su madre; pero tenía que hablarle, hablarle seriamente. Subió.

El cuarto estaba destartado; halló Jack á los tapiceros instalando colgaduras, poniendo bancos como para una distribución de premios. Aquel mismo día daban una gran fiesta literaria en la que había de reunirse toda la chusma de las artes y de las letras; y he ahí por qué se había enfadado tanto D'Argenton al ver llegar al hijo de Carlota. Tampoco ésta pareció muy contenta. Al verle, detúvose en su actividad de ama de casa que está transformando sus habitaciones, creando saloncitos para los fumadores en todas partes, hasta en los dormitorios y los cuartos de tocador.

—¡Cómo! ¿Eres tú, mi pobre Jack? Apuesto á que vienes á buscar dinero. Sin duda has creído que te había olvidado. Te diré. Es que quería encargarme al Sr. Hirsch que te lo llevara, pues dentro de dos ó tres días tiene que ir á Aulnettes para hacer experimentos muy curiosos sobre los perfumes, una nueva medicación que él ha inventado, sacada de un libro persa... Ya verás; es un asombro como descubrimiento.

Hablaban de pie, á media voz, en medio de los obreros que iban, venían, clavaban, removían los muebles.

—Tendría que hablarte muy seriamente, dijo Jack.

—¡Jesús, señor! ¿Qué sucede? ¿Qué pasa?... Ya sabes que lo serio no ha sido nunca mi lado fuerte... Y además, ya ves, hoy está todo patas arriba con motivo de nuestra "soirée"... Será una cosa magnífica. Hemos lanzado quinientas invitaciones... No te digo que te quedes, porque... ya comprendes... Y, además, que eso no te gustaría... Bueno, puesto que te empeñas en hablarme, ven por aquí, en la azotea... He mandado colocar aquí un retiro para los fumadores; ya verás qué cosa más elegante.

Hízolo ella pasar debajo de un techito de cinc, forrado de lienzo rayado; allí había un diván, una jardinera, una lámpara colgante; pero todo aquello aparecía muy triste, en pleno día, con el ruido estridente de la lluvia y el horizonte húmedo, nebuloso, de las orillas del Sena. Sentíase Jack cortado. Pensaba: "mejor hubiera sido escribirle..." y no sabía por dónde principiar.

—¿Qué es lo que quieres decirme?, saltó Carlota, esperando, apoyada la barbilla en la mano, con esa bonita actitud de la mujer que escucha.

Titubeó todavía Jack un minuto, así como se detiene uno al ir á poner un peso demasiado fuerte sobre un estante de chucherías, pues lo que tenía que decir parecía considerable para la cabecita ligera que se inclinaba hacia él.

—Quisiera... quisiera hablarte de mi padre.

Tuvo ella en la punta de los labios un "¡vaya una idea!" y si no lo pronunció, la expresión extraña de su

rostro, en donde se notaba estupefacción, temor, aburrimiento, lo dijo por ella.

—Es ese un asunto muy triste para ambos; ¡pobre hijo mío!, pero, en fin, por penoso que sea, comprendo tu curiosidad y estoy pronta á satisfacerla. Además, añadió ella solemnemente, siempre me prometí que cuando cumplieras veinte años, te había yo de revelar el secreto de tu nacimiento.

Esta vez él fué quien la miró, estupefacto.

¡De modo que ya no recordaba ella que tres meses antes le había hecho á su hijo idéntica revelación! Pero no protestó él contra tal olvido. Salía ganando al poder confrontar lo que le dijera ella ahora, con lo anteriormente comunicado.

¡Y es que la conocía tan bien!

—¿Es verdad que era noble mi padre?, preguntó Jack en seguida.

—Todo lo más noble que hay, hijo mío.

—¿Marqués?

—No, sólo barón.

—Pues si yo creía.... tú me dijiste.....

—¡No, no! Los marqueses eran los Bulac, de la rama primogénita.

—¿De modo que estaba emparentado con esos Bulac?

—¡Pues ya lo creo! El era el jefe de la rama segunda.

—Y entonces.... ¿mi padre se llamaba?

—El barón de Bulac, teniente de navío.

Hubiérase desmoronado el balcón, arrastrando el madero y cuanto éste contenía, y no recibiera Jack más

ruda sacudida en todo su ser. Sin embargo, tuvo aún suficiente valor para preguntar:

—¿Hace mucho que murió?

—Mucho.... contestó Carlota; é hizo un gesto elocuente para echar muy lejos, en el pasado, aquella existencia, muy problemática ya para ella.

Su padre había muerto; he ahí lo que había de probable. Y ahora, ¿era un Bulac?, ¿era un de l'Epan? ¿Había mentido también su madre ahora? Pero bien mirado, quizás no mentía la pobre; quizás no supiese ella misma lo que había pasado.

¡Qué vergüenza!

—¡Qué mala cara tienes, Jack mío!, dijo Carlota, interrumpiéndose de repente, en una larga historia romántica en la que se había lanzado con ardor, en pos de su teniente de navío; tus manos están heladas. He hecho mal en traerte aquí al balcón.

—No es nada, dijo Jack con esfuerzo; andando pasará.

—¿Pero te vas ya? Y, en efecto, tienes razón; mejor es que vuelvas á casa temprano. El tiempo no está bueno. ¡Vamos, dame un beso!

Y le abrazó ella muy tiernamente, alzóle el cuello de su chaqueta, le dió un tartán suyo, por el frío que hacía, y metióle algún dinero en el bolsillo.

Creía ella que la tristeza de su hijo la motivaban aquellos preparativos para una fiesta de que él no se aprovecharía; así es que deseaba verle pronto fuera; y cuando vino la criada á decirla: "Señora, ahí está el peluquero," la aprovechó para apresurar la despedida:

—Ya ves, tengo que dejarte.... Cuidate, y escríbeme con más frecuencia.

nes aman y respetan; la fiesta de todos aquellos que tienen un nombre suyo, un hogar, una familia. También había él oído hablar de otra fiesta de la que le excluía sin piedad la suerte; la fiesta del amor feliz que une para siempre á algo hermoso, leal y honrado. Tampoco asistiría él á esa fiesta. Y el desgraciado se desesperaba, sin darse cuenta de que, sentir todas esas felicidades, es ser digno de ellas, y que mucha distancia había desde su embrutecimiento antiguo, á esta percepción que sólo ella podía darle fuerza para combatirlo.

Entregado á sus lúgubres pensamientos, acercábase á la estación de Lyon, de esos barrios pobres en donde parece más espeso el barro, más densa la niebla, porque las casas de por allí, son más negras, los arroyos más espesos, y que la miseria del hombre ayuda y aumenta todas las tristezas de la naturaleza. Era la hora de la salida de las fábricas. Un pueblo pálido y cansado, oía humana que arrastraba numerosos desalientos y dolores, esparcíase por las aceras y las calles, hacia las tabernas, hacia tugurios, ostentando algunos este raro título: "Al consuelo," como si la embriaguez y el olvido fuesen el único refugio de los miserables. Jack, rendido, frío, sintiendo el horizonte cerrado por todas partes sobre su vida, tan herméticamente como lo estaba sobre aquella tarde de otoño, lluviosa y fría, tuvo de repente un gesto y un grito de desesperación.

—¡Y mucha razón que tienen!... ¡Hay que beber!

Y franqueando uno de esos umbrales manchados por las horas de un sueño abyecto, ó por las batallas sangrientas de la borrachera, el antiguo fogonero se hizo

Jack bajó lentamente, agarrándose al pasamanos. Sentía mareos.

¡Oh! no era, no, la fiesta aquella lo que le estrechaba el corazón, sino todas las demás fiestas á las que no había sido convidado durante su vida, la fiesta de los niños que tienen un padre y una madre á quien servir una copa grande de "vitriolo." Pero en el momento de levantar la copa, en medio de la muchedumbre confusa y ruidosa, en el humo de las pipas, el espeso vapor que formaban aquellas respiraciones avinadas, aquellas blusas caladas de lluvia, parecióle que una sonrisa celeste entreabríase delante de él, y que una voz dulce murmuraba á su oído:

—¿Bebe usted aguardiente, Jack?

No, ciertamente que no; ya no lo bebía, no lo volvería á beber nunca.

Salió bruscamente de la taberna, dejando su copa llena sobre el mostrador, en el que su dinero, echado con fuerza, retumbo en medio de la extrañeza general



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1911. 1625 MONTERREY, MEXICO



Jack y Cecilia cogieron cada uno una cesta de mimbre y salieron, sin dirección fija, al trabajo.



II

Convalecencia.

El cómo Jack, que cayó enfermo á consecuencia de aquel triste viaje, estuvo preso durante quince días en Aulnettes, abandonado á los cuidados del doctor Hirsch, quien ensayaba sobre aquel nuevo Madú su sistema de medicación por los perfumes; cómo vino á libertarlo el Sr. Rivals, llevándolo á su casa á la fuerza, y devolviéndole la vida y la salud, demasiado largo sería quizá para ser contado, y prefiero enseñaros en seguida á nuestro amigo Jack instalado en una buena butaca, junto á una de las ventanas de la "farmacia," con libros á su lado y un gran reposo en torno suyo; un reposo regenerador que viene del horizonte tranquilo, de